

para el aumento de su culto y la propagacion de otros fundados anteriormente. En este concepto podriamos citar y elogiar el aumento y propagacion de las religiosas de la *Compañía de María Santísima*, llamadas comunmente *religiosas de la Enseñanza*, equivalente en razon de su sexo á lo que es la *Compañía de Jesús* entre los hombres (1). Hablaríamos tambien de las *Siervas de María*, creadas en Madrid y otros puntos para la asistencia de los enfermos en sus casas; la institucion de las *Hijas de María*, compuesta de jóvenes doncellas que se proponen morar en el siglo sin votos, viviendo con honestidad y devocion, alejadas de los placeres y pompas mundanales, dedicando algunas horas del dia y algun dia del mes al culto de la Virgen; la extension del rezo de la Virgen del Pilar á todas las iglesias de España, como á las de Aragon; la llamada *Corte de María*, establecida en muchas ciudades para turnar por coros en el culto de las principales efigies de la Virgen en cada pueblo, visitándolas por turno; el aumento de la devocion á la Virgen María durante el mes de Mayo, con la tierna y poética devocion llamada de las *Flores á María*, apenas conocida de nuestros abuelos; la creacion de la *Academia bibliográfico-Mariana*, establecida en Lérida desde el 12 de Octubre de 1862, bajo la direccion del piadoso sacerdote y misionero señor Escolá, y que ha publicado una porcion escogida de libros dedicados á la Virgen María, originales unos y otros reimpressos; el establecimiento de la *Asociacion de Católicos*, en el año 1869 bajo el amparo de la Concepcion Inmaculada para la defensa de los intereses del catolicismo y cohibir la propaganda impia y protestante; la creacion de las *Academias de la Juventud Católica*, asimismo bajo la proteccion de la Inmaculada Concepcion, para discutir en ellas puntos científicos y oponer un dique á los errores del moderno escepticismo, y otras que podrian recordarse, si hubiéramos de hacer un esfuerzo para dar la historia completa en esta parte. Pero no es tal nuestro objeto ni puede serlo. Y por otra parte, ¿qué es todo ello en comparacion de lo que se ha perdido? Templos derruidos, imágenes profanadas ó perdidas, institutos Marianos suprimidos...

No sigamos en esta lúgubre y aflictiva narracion. Tristes noticias quedan diseminadas en las anteriores notas, que podrá reunir y coordinar el que quiera dedicarse á este lúgubre trabajo. En este libro no nos hemos propuesto afigir ni desalentar: lo mismo el autor que los editores hemos tenido por objeto recordar, alentar, depurar y enervorizar el culto de María en España, en sus colonias y aun en los países que hablan el rico idioma de Cervantes, Leon y Garcilaso.

Si lo hemos logrado en parte, si hemos hecho en este concepto algun fruto, á Dios la gloria y á su Santísima Madre la Virgen María, patrona de España y protectora nuestra.

(1) Este instituto surgió en Burdeos en 7 de Abril de 1607; á fines de aquel siglo pasó á Barcelona y de allí á Tudela, en el día 13 de Noviembre de 1687 y de allí á otros varios puntos. Véase la *Reseña histórica de la fundacion del convento de Tudela*, por la madre María Concepcion Puig y Acerloa, impresa en Madrid en 1876, en un tomo en 4.º

FIN.

APÉNDICE.

OPÚSCULO SOBRE LA APARICION

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

POR VARIOS AUTORES.

que en mi adolescencia en Madrid se me enseñó a leer en el idioma mexicano y de los
antiguos caracteres y figuradas con que pintaron los indios los progresos
de sus antiguas artes que pintan en estas provincias y lo que
aconteció en aquel primitivo siglo en la manzanilla de Tapanza.

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

Y ORIGEN DE SU MILAGROSA IMAGEN,

POR

BR. LUIS BECERRA TANCO, PRESBITERO.

PROLOGO POSTUMO

*Del Bachiller Luis Becerra Tanco, Presbítero, Cura Beneficiado
que fué de este Arzobispado,
Lector de la lengua mexicana en la Real Universidad de este Reino,
Examinador Sinodal de dicha lengua,
y Catedrático de Astrología en propiedad en la dicha
Universidad.*

Por haber sabido á los principios del año pasado de 1666, que el muy venerable Dean y Cabildo, Sede vacante de esta Santa Iglesia de México, Cabeza y Metrópoli de este Reino de la Nueva España, pretendia hacer averiguacion jurídica sobre la aparicion de la Virgen Maria Señora nuestra en el Cerro, que los naturales llaman *Tepeyacac*, extramuros de esta ciudad, y del origen de su milagrosa imagen que se nombra de *Guadalupe*, por no haberse hallado en los archivos del Juzgado y Gobierno eclesiástico escritos auténticos que prueben la tradicion que tenemos de tan insigne prodigio, el cual habia de sepultar la incuria y omision en el tûmulo del olvido: juzgué que me corria obligacion de poner por escrito lo que sabia de memoria, y que habia leído y registrado en mi adolescencia, en las pinturas y caracteres de los indios mexicanos, que fueron personas hábiles y de suposicion en aquel siglo primitivo. Escribí pues en suma lo que pude acordarme entonces, por haber entendido que unos cuadernos de mi letra, en que habia copiado esta y otras antigüedades de este reino, se habian perdido en poder de una persona de autoridad, que me los habia pedido y era ya difunto. Y aunque es así que otros ingenios aventajados han expresado con mas vivos colores esta tradicion, no han sido tan exactos en el escrutinio de esta historia, que no se les haya quedado algo por falta de noticias, y por no haber tenido de quien poderlas saber radicalmente, con que el progreso de lo historial quedó diminuto; y asimismo por no haber tenido entera comprension de la lengua mexicana, en que se escribió y pintó lo acaecido en este milagroso principio de la bendita Imagen de la Virgen Santísima Señora nuestra, por mano y letra de los naturales que lo pintaron y escribieron luego, como prodigio memorable. Con que recayó en mí este cuidado, por el que yo

puse en mi adolescencia en adquirir la inteligencia del idioma mexicano, y de los antiguos caracteres y pinturas con que historiaron los indios hábiles los progresos de sus antepasados, ántes que viniesen los españoles á estas provincias, y lo que sucedió en aquel primero siglo de su agregación á la monarquía de España.

Llegó este mi desvelo á noticia de las personas que solicitaban la averiguacion del milagro; y así me requirieron segun derecho, para que presentase lo que tenia escrito, y lo jurase como testigo: hice lo que se me ordenó, con singular gusto mio, porque el trascurso del tiempo no borre de la memoria de los hombres un beneficio tan singular, obrado por la Virgen Santísima en decoro de la patria, cuyas glorias debemos conservar sus hijos. Despues de esto, muchas personas de prendas me hicieron instancia para que lo imprimiese á la honra y gloria de la misma Señora, que vino á declararse protectora nuestra. Imprimiéronse algunos cuadernos, que repartí porque se divulgase; y con esta ocasion vine á descubrir los papeles que tenia perdidos sin esperanza de recuperacion. Y habiendo hallado en ellos más expresa y dilatada la tradicion del milagro, con algunas circunstancias que no alteran lo sustancial del primer escrito, sino que ántes corroboran su verdad y que satisfacen á las dudas que pudieran ofrecerse, y que sin duda alguna excitarán la devocion de los fieles á la veneracion del Santuario, en que se guarda una Santa Imágen tan digna de estimacion por su origen: me pareció conforme á razon, que se hiciese segunda impresion, para que el primer escrito saliese añadido y enmendado, y ménos sujeto á peregrinas impresiones, dándose á las prensas contra el eficaz impulso de la emulacion, que les imponía silencio á los primeros; y aunque pudiera exornar mi escrito con autoridades de letras divinas y profanas; tuve por indecoroso á la verdad el buscarle ornato de palabras con que vestirla, cuando se trata de hallarla desnuda: juzgando por superfluo el afectar gallardía y suavidad de estilo, porque el culto y hermosura de las razones es muy propio de aquellos que no suelen cojer de sus escritos otro fruto que su dulzura; pues, como dijo Platon, *cum de re agitur, frustra elegantiam, aut rutilatam verborum attendimus*: y á su semejanza Boecio, *in scriptis, in quibus rerum cognitio queritur, non luctulente orationis lepos, sed incorrupta veritas exprimenda est.*

I.

TRADICION DEL MILAGRO.

Corriendo el año del nacimiento de Cristo Señor Nuestro de 1531, y del dominio de los españoles en esta ciudad de México, y su Provincia de la Nueva España cumplidos diez años y casi siete meses; extinguida la guerra, y habiendo comenzado á florecer en aqueste Reino el Santo Evangelio, sabado muy de mañana antes de esclarecer la Aurora, á nueve dias del mes de Diciembre, un indio plebeyo y pobre, humilde y cándido, de los recién convertidos á nuestra santa Fé católica, el cual en el Santo bautismo se llamó Juan, y por sobrenombre Diego, natural, segun fama, del pueblo de Cuautitlan, distante cuatro leguas de esta ciudad hácia la parte del Norte de la nacion mexicana, y casado con una india que se llamó María Lucrecia, de la misma calidad que su marido, venia del pueblo en que residia (dicese haber sido el de Tolpetlac, en que era vecino) al templo de Santiago el Mayor, Patron de España, que es un barrio de Tlalotelco, doctrina de los religiosos del Señor San Francisco, á oír la misa de la Virgen María. Llegando, pues, al romper del alba, al pié de un cerro pequeño que se decia Tepeyacac, que significa extremidad ó remate agudo de los cerros, porque sobresalen á los demás montes que rodean el valle y laguna, en que yace la ciudad de México, y es el que más se le acerca; y el día de hoy se dice de Nuestra Señora de Guadalupe, por lo que se dirá despues de esto: oyó el indio en la cumbre del cerrillo, y en una caja de peñascos que se levanta sobre lo llano á orilla de la laguna, un canto dulce y sonoro, que segun dijo, le pareció de muchedumbre y variedad de pajarillos, que cantaban juntos con suavidad y armonía, respondiéndose á coros los unos á los otros con singular concierto, cuyos ecos reduplicaba y repetía el cerro alto, que se sublima sobre el monte-cillo: y alzando la vista al lugar, donde á su estimacion se formaba el canto, vió en él una nube blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un hermoso arco Iris de diversos colores, que se formaba de los rayos de una luz y claridad excesiva, que se mostraba en medio de la nube. Quedó el indio absorto y como fuera de sí en un suave arrobamiento, sin temor ni turbacion alguna, sintiendo dentro de su corazon un júbilo y alborozo inexplicable, de tal suerte que dijo entre sí: "¿Qué será esto que oigo y veo? ¿adónde he sido llevado? ¿Por ventura he sido trasladado al paraíso de deleites, que llamaban nuestros mayores origen de nuestra carne, jardín de flores, ó tierra celestial, oculta á los ojos de los hombres?" Estrando

en esta suspension y embelesamiento, y habiendo cesado el canto, oyó que lo llamaban por su nombre Juan, con una voz como de mujer, dulce y delicada, que salía de los esplendores de aquella nube, y que le decían, que se acercase: subió á toda prisa la cuestecilla del collado, habiéndose aproximado.

PRIMERA APARICION.

Vió en medio de aquella claridad una hermosísima Señora, muy semejante á la que hoy se ve en su bendita imagen, conforme á las señas que dió el indio de palabra, antes que se hubiera copiado, ni otro la hubiese visto: cuyo ropaje dijo, «que brillaba tanto, que hiriendo sus esplendores en los peñascos brutos que se levantan sobre la cumbre del cerrillo, le parecieron piedras preciosas labradas y transparentes, y las hojas de los espinos y nopales, que allí nacen pequeños, y desmembrados por la soledad del sitio, le parecieron manojos de finas esmeraldas, y sus brazos troncos y espinas de oro bruñido y reluciente; y hasta el suelo de un corto llano que hay en aquella cumbre, le pareció de jaspe matizado de colores diferentes;» y hablándole aquella Señora con semblante apacible y halagüeño en idioma mexicano le dijo:

—«Hijo mio, Juan Diego, á quien amo tiernamente, como á pequenito y delicado (que todo esto suena la locucion del lenguaje mexicano) adonde vas?»

Respondió el indio:

—«Voy, noble dueño y Señora mia, á México y al barrio de Tlaltelolco á oír la misa que nos muestran los ministros de Dios y sustitutos suyos.»

Habiéndole oído María Santísima, le dijo así:

—«Sábet, hijo mio, muy querido, que soy yo la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Criador de todo, y Señor del cielo y de la tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa y la compasion que tengo de los naturales, y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones; y donde oiré sus lágrimas y ruegos, para darles consuelo y alivio; y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir á la ciudad de México, y al palacio del Obispo, que allí reside, á quien dirás que yo te envío, y cómo es gusto mio que me edifique un templo en este lugar; le referirás cuanto has visto y oído: y ten por cierto tú, que te agradeceré lo que por mí hicieres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello: ya has oído, hijo mio, mi deseo; vete en paz, y advierte que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres: y así harás en esto todo el esfuerzo que pudieres.»

Postrándose el indio en tierra, le respondió:

—«Ya voy, nobilísima Señora y dueño mio, á poner por obra tu mandato, como humilde sirvo tuyo: quédate en buena hora.»

Habiéndose despedido el indio con profunda reverencia, cogió la calzada que se encamina á la ciudad, bajada la cuesta del cerró que mira al Occidente. En ejecucion de lo prometido fué vía recta Juan Diego á la ciudad de México, que dista una legua de este paraje y montecillo, y entró en el palacio del señor Obispo: era éste el Ilustrísimo señor don Fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México. Habiendo entrado el indio en el palacio del señor Obispo, comenzó á rogar á sus sirvientes que le avisasen para verle y hablarle: no le avisaron luego, ora porque era de mañana, ó porque le vieron pobre y humilde: obligáronle á esperar mucho tiempo, hasta que conmovidos de su tolerancia, le dieron entrada. Llegando á la presencia de su Señoría, hincado de rodillas, le dió su embajada, diciéndole: «que le enviaba la Madre de Dios, á quien habia visto y hablado aquella madrugada;» y refirió todo cuanto habia visto y oído, segun que dejamos dicho. Oyó con admiracion lo que afirmaba el indio, extrañando un caso tan prodigioso; no hizo mucho aprecio del mensaje que llevó, ni le dió entera fé y crédito, juzgando que fuese imaginacion del indio, ó sueño; ó temiendo que fuese ilusion del demonio, por ser los naturales recién convertidos á nuestra sagrada religion; y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que habia referido, y le halló constante; con todo le despidió, diciendo que volviese de allí á algunos dias porque queria inquirir el negocio á que habia ido muy de raíz, y le oiria muy despacio, por informarse (claro es) de la calidad del mensajero, y dar tiempo á la deliberacion. Salió el indio del palacio del señor Obispo muy triste y desconsolado; tanto por haber entendido que no se le habia dado entera fé y crédito, cuanto por no haber surtido efecto la voluntad de Maria Santísima, de quien era mensajero.

III.

SEGUNDA APARICION

Volvió Juan Diego este propio dia sobre tarde, puesto el sol, al pueblo en que vivia, y á lo que se presume por los rastros que de ello se han hallado, era el pueblo de Tolpetlac que cae á la vuelta del cerro más alto, y dista de él una legua, á la parte del Nordeste. Tolpetlac significa «lugar de esteras de espadaña,» porque seria en aquel tiempo única ocupacion de los indios vecinos de éste pueblo el tejer esteras de esta planta. Habiendo, pues, llegado el indio á la cumbre del cerrillo, en que por la mañana habia visto y hablado á la Virgen María, halló que le aguardaba con la respuesta de su mensaje: así que la vió, postrándose en su acatamiento, le dijo:

—Niña mia, muy querida, mi Reina y altísima Señora, hice lo que mandaste; y aunque no tuve luego entrada á ver y hablar con el Obispo, hasta despues de mucho tiempo, habiéndole visto, le di tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible y con atencion; mas á lo que yo vi en él, y segun las preguntas que me hizo colegí, que no me habia dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez, para inquirir de mí más despacio el negocio á que iba, y escudriarlo muy de raíz. Presumió, que el templo que pides se te labre es ficcion mia, ó antojo mio, y no voluntad tuya: y así te ruego, que envíes para esto alguna persona noble y principal, digna de respeto, á quien deba darse crédito; porque ya ves, dueño mio, que soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este negocio á que me envias; perdona, Reina mia, mi atrevimiento, si en algo he excedido á el decoro que se debe á tu grandeza; no sea que yo haya caido en tu indignacion, ó te haya sido desagradable con mi respuesta.

Este coloquio en la forma que se ha referido, se contenia en el escrito histórico de los naturales; y no tiene otra cosa mia, sino es la traslacion del idioma mexicana en nuestra lengua castellana, frase por frase.

Oyó con benignidad María Santísima lo que le respondió el indio, y habiéndole oido, le dijo así:

—«Oye, hijo mio muy amado, sébete que no me faltan sirvientes, ni criados á quien mandar, porque tengo muchos que pudiera enviar, si quisiera, y que harian lo que les ordenase; mas conviene mucho que tú hagas este negocio, y lo solicites, y por intervencion tuya ha de tener efecto mi voluntad y mi deseo; y así te ruego, hijo mio, y te ordeno, que vuelvas mañana, á ver y hablar al obispo; y le digas que me labre el templo que le pido, y que quien te envia es la Virgen Maria Madre del Dios verdadero.»

Respondió Juan Diego:

—«No recibas disgusto, Reina y Señora mia, de lo que he dicho, porque iré de muy buena voluntad, y con todo mi corazon á obedecer tu mensaje, que no me excuso, ni tengo el camino por trabajo; más quizá no será acepto ni bien oido, ó ya que me oiga el obispo no me dará crédito; con todo, haré lo que me ordenas, y esperaré, Señora, mañana, en la tarde en este lugar, al ponerse el sol; y te traeré la respuesta que me dijere; y así queda en paz, alta niña mia, y Dios te guarde.»

Despidióse el indio con profunda humildad, y se fué á su pueblo y casa. No se sabe si dió noticia á su mujer ó á otra persona de lo que habia sucedido, porque no lo decia la historia; sino es que confuso y avergonzado de que no se le hubiera dado crédito, no se atrevió á decirlo hasta ver el fin de este negocio.

El dia siguiente, domingo diez de Diciembre, vino Juan al templo de Santiago Tlaltelolco á oír misa, y asistir á la doctrina cristiana, y acabada la cuenta que acostumbra los ministros evangélicos hacer de los feligreses naturales en cada parroquia, por sus barrios (que entónces era una sola, y muy dilatada la de Santiago Tlaltelolco, que se dividió despues en otras cuando hubo copia de sacerdotes) volvió el indio al palacio del señor Obispo, en obediencia del mandato de la Virgen Maria; y aunque le dilataron mucho tiempo los familiares del señor Obispo el avisarle para que le oyese; habiendo entrado, humillado en su presencia, le dijo con lágrimas y gemidos, «como por segunda vez habia visto á la Madre de Dios en el propio lugar que la vió la vez primera; que le aguardaba con la respuesta del re-

cado que le habia dado antes; y que de nuevo le habia mandado volver á su presencia á decirle, que le edificase un templo en aquel sitio que la habia visto y hablado; y que le certificase como era la Madre de Jesucristo la que lo enviaba, y la siempre Virgen Maria.»

Oyó con mayor atencion el señor Obispo, y empezó á moverse, á darle crédito; y para certificarse más del hecho, le hizo diversas preguntas y repreguntas cerca de lo que afirmaba, amonestándole que viesse muy bien lo que decia, y acerca de las señas que tenia la Señora que lo enviaba; y aunque por ellas reconoció que no podia ser sueño ni ficcion del indio; para asegurar mejor la certidumbre de este negocio, y que no pareciese liviandad el dar crédito á la relacion sencilla de un indio plebeyo y cándido, le dijo: «que no era bastante lo que le habia dicho, para poner luego por obra lo que pretendia; y que así le dijese á la Señora que lo enviaba, le diese algunas señas de donde coligiése que era la Madre de Dios la que lo enviaba, y que era voluntad suya que se labrase templo.» Respondió el indio, «que viesse cuál señal quería, para que la pidiese.» Habiendo hecho reparo el señor Obispo, que no habia puesto excusa en pedir la señal el indio, ni dudado en ello, ántes sin turbacion alguna habia dicho, que escogiese la señal que le pareciese, llamó á dos personas, las de más confianza de su familia, y hablándoles en la lengua castellana, que no entendia el indio, les mandó que lo reconociesen muy bien, y que se aprestasen luego que le despidiese, para ir en su seguimiento; y que sin perderlo de vista, y sin que él sospechase que lo seguian, con cuidado fuesen en pos de él, hasta el lugar que habia señalado, y en que afirmaba haber visto á la Virgen Maria; y que advirtiesen con quien hablaba, y le trajesen razon de todo cuanto viesen y entendiesen: hizose así conforme al órden del señor Obispo. Despedido el indio de la presencia de Su Señoria, salieron los criados en su seguimiento, sin que él advirtiese, llevándole siempre á los ojos. Luego que Juan Diego llegó á una puente por donde se pasaba el rio, que por aquella parte, y casi al pié del cerrillo desagua en la laguna, que tiene aquesta ciudad al Oriente, desapareció el indio de la vista de los criados que le seguian; y aunque lo buscaron con toda diligencia, habiendo registrado el cerrillo por una y otra parte, no lo hallaron; y teniéndole por embaidor y mentiroso ó hechicero, se volvieron despechados con él; y habiendo informado de todo al señor Obispo, le pidieron que no le diese crédito, y que le castigase por el embeléco, si volviese.

IV.

TERCERA APARICION.

Luego que Juan (que iba por delante á una vista de los criados del Señor Obispo) llegó á la cumbre del cerrillo, halló en él á Maria Santísima, que le aguardaba

por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio en su presencia le dijo, «cómo en cumplimiento de su mandato, habia vuelto al palacio del Obispo, y le habia dado su mensaje; y que despues de varias preguntas y repreguntas que le habia hecho, le dijo no era bastante su simple relacion, para tomar resolucion en un negocio tan grave, y que te pidiese, Señora, una señal cierta, por la cual conociese que me enviabas tú, y que era voluntad tuya se te edificase templo en este sitio.»

Agradecióle María Santísima el cuidado y diligencia con palabras cariñosas; y mandóle que volviese al dia siguiente al mismo paraje, y que allí le daria señal cierta con que el Obispo le diese crédito; y despidióse el indio cortésmente, prometida la obediencia.

Pasó el dia siguiente, lúnes once de Diciembre, sin que Juan Diego pudiese volver á poner en ejecucion lo que le habia ordenado, porque cuando llegó á su pueblo, halló enfermo á un tio suyo, llamado Juan Bernardino, á quien amaba entrañablemente, y tenia en lugar de padre, de un accidente grave y con una fiebre maligna, que los naturales llaman «Cocoliztli;» y compadecido de él, ocupó la mayor parte del dia en ir en busca de un médico de los suyos, para que le aplicase algun remedio y habiéndole conducido adonde estaba el enfermo, y héchosele algunas medicinas, se le agravó la enfermedad al doliente; y sintiéndose fatigado aquella noche, le rogó á su sobrino que tomase la madrugada antes que amaneciese, y fuese al convento de Santiago Tlalotelco á llamar á uno de los religiosos de él, para que le administrase los Santos Sacramentos de la Penitencia y de la Extrema Uncion, porque juzgaba que su enfermedad era mortal. Cogió Juan Diego la madrugada del dia martes doce de Diciembre, caminando á toda diligencia á llamar á uno de los sacerdotes, y volver en su compañía por su guia; y así como empezó á esclarecer el dia, habiendo llegado al sitio por donde habia de subir á la cumbre del montecillo, por la parte del Oriente, le vino á la memoria el no haber vuelto el dia antecedente á obedecer el mandato de la Virgen Maria, como habia prometido; y le pareció que si llegase al lugar en que la habia visto, habia de reprenderlo, por no haber vuelto, como le habia ordenado, y juzgando con su candidez, que cogiendo otra vereda, que seguia por lo bajo y falda del montecillo, no le veria ni detendria; y porque requería prisa el negocio á que iba, y que desembarazado de este cuidado, podria volver á pedir la señal que habia de llevarle al Señor Obispo: hizo así y habiendo pasado el paraje, donde mana una fuentecilla de agua aluminosa, ya que iba á volver la falda del cerro, le salió al encuentro María Santísima.

CUARTA APARICION.

Vióla el indio bajar de la cumbre del cerro, para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca, y con la claridad que la vió la vez primera, y díjole:

— «¿Adonde vas, hijo mio, y qué camino es el que has seguido?»

Quedó el indio confuso, temeroso y avergonzado; y respondió con turbacion, postrado de rodillas:

— «Niña mia muy amada, y Señora mia, Dios te guarde. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijera. Sabe, dueño mio, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo, y mi tio, de un accidente grave y mortal; y porque se ve muy fatigado, voy de prisa al templo de Tlalotelco en la Ciudad, á llamar un sacerdote, para que venga á confesarle y olearle; que en fin nacimos todos sujetos á la muerte; y despues de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname, te ruego, Señora mia, y ten un poco de sufrimiento, que no me excuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta.»

Oyó María Santísima con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte:

— «Oye, hijo mio, lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni mas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo, y corres por mi cuenta? ¿tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tio, que no ha de morir de ese achaque; y ten por cierto que ya está sano» (y fué así, segun se supo despues como se dirá adelante).

Así que oyó Juan Diego estas razones, quedó tan consolado y satisfecho, que dijo:

— «Pues envíame, Señora mia, á ver al Obispo, y dame la señal que me dijiste, para que me dé crédito.»

Díjole María Santísima:

— «Sube, hijo mio muy querido y tierno, á la cumbre del cerro en que me has visto y hablado, y corta las rosas que hallares allí, y recógelas en el regazo de tu capa, y traelas á mi presencia, y te diré lo que has de hacer y decir.»

Obedeció el indio sin réplica, no obstante que sabia de cierto que no habia flores en aquel lugar, por ser todo peñascos, y que no producía cosa alguna. Llegó á la cumbre donde halló un hermoso verjel de rosas de Castilla, frescas, olorosas y con rocío; y poniéndose la manta ó tilma, como acostumbrán los naturales, corrió

cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella, y llevólas a la presencia de la Virgen María, que le aguardó al pie de un árbol, que llaman Cuauzahuatl los indios, que es lo mismo que árbol de telas de araña, ó árbol ayuno, el cual no produce fruto alguno, y es árbol silvestre, y solo da unas flores blancas a su tiempo; y conforme al sitio, juzgo que es un tronco antiguo, que hoy persevera en la falda del cerro, á cuyo pié pasa una vereda, por donde se sube á la cumbre por la banda del Oriente, que tiene el manantial de agua de alumbre de frente: y aquí fué sin duda el lugar en que se hizo la pintura milagrosa de la bendita imagen; porque humillado el indio en la presencia de la Virgen María, le mostró las rosas que habia cortado y cogiéndolas todas juntas la misma Señora, y aparándolas el indio en su manta, se las volvió á verter en el regazo de ella, y le dijo:

— Ves aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás, que por señas de estbs rosas, haga lo que le ordeno; y ten cuidado, hijo, con esto que te digo; y advierte que hago confianza de tí. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa, sino en presencia del Obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora: y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi Templo.

Y dicho esto, le despidió la Virgen María. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendria buen suceso, y surtiria efecto su embajada: y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar alguna, las venia mirando de rato en rato, gustando de su fragancia y hermosura.

QUINTA APARICION.

VI.

APARICION DE LA IMAGEN.

Llegó Juan Diego con su postrer mensaje al palacio Episcopal; y habiendo rogado á varios sirvientes del Señor Obispo que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho tiempo, hasta que enfadados de sus importunaciones, advirtieron que abarcaba en su manta alguna cosa: quisieron registrarla, y aunque resistió lo posible á su cortedad, con todo le hieron descubrir con alguna escasez lo que llevaba: viendo que eran rosas, intentaron coger algunas viéndolas tan hermosas; y al aplicar las manos por tres veces, les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas ó tejidas con arte en la manta.

Dieron los criados noticia de todo al señor Obispo; y habiendo entrado el indio á su presencia y dádole su mensaje, añadió que llevaba las señas; que le habia mandado pedir á la Señora que lo enviaba: y desplegando su manta, cayeron del regazo de ella en el suelo las rosas, y se vió en ella pintada la imagen de María Santísima, como se vé el día de hoy.

Admirado el señor Obispo del prodigio de las rosas frescas, olorosas, y con rocío,

como recién cortadas, siendo el tiempo más riguroso del invierno en este clima, y (lo que es más) de la santa imagen que pareció pintada en la manta, habiéndola venerado como cosa celestial, y todos los de su familia que se hallaron presentes, le desató al indio el nudode la manta, que tenia atrás en el cerebro, y la llevó á su oratorio; y colocada con decencia la imagen, dió las gracias á nuestro Señor y á su gloriosa Madre.

Detuvo aquel día el señor Obispo á Juan Diego en su palacio, haciéndole agasajo; y el día siguiente le ordenó que fuese en su compañía y le señalase el sitio en que mandaba la Virgen Santísima María que se le edificase Templo. Llegados al parage, señaló el sitio, y sitios en que habia visto y hablado las cuatro veces con la Madre de Dios; y pidió licencia para ir á ver á su tío Juan Bernardino, á quien habia dejado enfermo; y habiéndola obtenido, envió el señor Obispo algunos de su familia con él, ordenándoles, que si hallasen sano á el enfermo lo llevasen á su presencia.

VII.

QUINTA APARICION.

Viendo Juan Bernardino á su sobrino acompañado de españoles, y la honra que le hacian, cuando llegó á su casa, le preguntó la causa de aquella novedad; y habiéndole referido todo el progreso de sus mensajes al señor Obispo, y cómo la Virgen Santísima le habia asegurado de su mejoría; y habiéndole preguntado la hora y momento en que se le habia dicho que estaba libre del accidente que padecia, afirmó Juan Bernardino, que en aquella misma hora y punto habia visto á la misma Señora, en la forma que le habia dicho; y que le habia dado entera salud; y que le dijo «cómo era gusto suyo que se le edificase un Templo en el lugar que su sobrino la habia visto; y asimismo que su imagen se llamase Santa MARIA DE GUADALUPE:» no dijo la causa; y habiéndolo entendido los criados del señor Obispo, llevaron á los dos indios á su presencia: y habiendo sido examinado acerca de su enfermedad, y el modo con que habia cobrado salud, y qué forma tenia la Señora que se le habia dado; averiguada la verdad, llevó el señor Obispo á su palacio á los dos indios á la ciudad de México.

Ya se habia difundido por todo el lugar la fama del milagro, y acudian los vecinos de la ciudad á el palacio Episcopal á venerar la imagen. Viendo, pues, el concurso grande del pueblo, llevó el señor Obispo la imagen Santa á la iglesia mayor, y la puso en el altar, donde estuvo mientras se le edificó una ermita en el lugar que habia señalado el indio, en que se colocó despues con procesion y fiesta muy solemne.

Esta es toda la tradicion sencilla, y sin ornato de palabras; y es en tanto grado

cierta esta relacion, que cualquiera circunstancia que se le añada, si no fuere absolutamente falsa, será por lo ménos apócrifa; porque la forma en que se ha referido, es muy conforme á la precision, brevedad y fidelidad, con que los naturales cuerdos, é historiadores de aquel siglo escribian, figuraban y referian los sucesos memorables.

El motivo que tuvo la Virgen para que su imagen se llamase de Guadalupe, no lo dijo; y así no se sabe, hasta que Dios sea servido de declarar este misterio.

Hasta aquí llega la tradicion primera, más antigua y más fidedigna, por lo que se dirá despues.

Algunos ingeniosos se han fatigado en buscar el origen del apellido de Guadalupe, que tiene el día de hoy esta Santa Imágen, juzgando que encierra algun misterio. Lo que refiere la tradicion, solo es, que este nombre no se le oyó á otro que al indio Juan Bernardino, el cual ni lo pudo pronunciar así, ni tener noticia de la Imágen de Nuestra Señora de Guadalupe del Reino de Castilla. A que se llega la poca similitud que tienen estas dos imágenes, si no es en ser ambas de una misma Señora, y esta se halla en todas; y recién ganada esta tierra, y en muchos años despues no se hallaba indio que acertase á pronunciar con propiedad nuestra lengua castellana; y los nuestros no podian pronunciar la mexicana, si no era con muchas impropiedades. Así que, á mi ver, pasó lo siguiente: esto es, que el indio dijo en su idioma el apellido que se le habia de dar; y los nuestros por la asonancia sola de los vocablos le dieron el nombre de Guadalupe, al modo que corrompieron muchos nombres de pueblos y lugares, y de otras cosas que hoy usamos, de que se pudieran traer aquí muchos ejemplos. Y porque no nos apartemos mucho, este nombre Tacubaya de un lugar tan cercano á México, se llamó así, porque en la lengua mexicana le llamaron los naturales *Atlauchtacoloayan*; y no pudiendo pronunciar los nuestros, lo llamaron, sincopando el nombre, Tacubaya; y es tan propio el nombre mexicano, que su significado es lugar donde tuere el arroyo, como es verdad en el hecho. Llegaron los españoles al pueblo de Cuernabaca; y porque oyeron á los indios llamarlo *Cauhnahuac*, que significa cerca de la arboleda, que es lo mismo que al pié de la montaña, como se ve por la asonancia de las voces, se llama Cuernabaca. Lo mismo pasó con el nombre de la ciudad de Guadalajara, porque los naturales le llaman *Quaubaxallan*, que diferencia en pocas letras del nombre Guadalajara. De lo dicho se deja inferir, que lo que que pudo decir el indio en su idioma, fué *Tequantlaxopeuh*, cuya significacion es la que tuvo origen de la cumbre de las peñas; porque entre aquellos peñascos vió la vez primera Juan Diego á la Virgen Santísima, y la cuarta vez, cuando le dió las rosas y su bendita Imágen, la vió bajar de la cumbre del cerro de entre las peñas; á otro nombre pudo ser también que dijese el indio: esto es, *Tequantlaxopeuh*, que significa la que aluayentó ó apartó á los que nos comian; y siendo el nombre metafórico, se entiende por las bestias, fieras ó leones. Y si el día de hoy le mandásemos á un indio de los que no son muy ladinos, ni aciertan á pronunciar nuestra lengua, que dijese de Guadalupe, pronunciaría *Tecuatalopc*; porque la lengua mexicana no pronuncia, ni admite estas dos letras *g, d*, la cual voz pronunciada en la forma dicha, se distingue muy poco de las que ántes dejamos dichas. Y esto es lo que siento del apellido de esta bendita Imágen.

VIII.

ANOTACIONES QUE DEBEN SUPONERSE PARA LA PRUEBA DE LA TRADICION.

Es de advertir, que el año de 1531 de la Natividad de Cristo Señor Nuestro, en que fué la aparición de la Virgen Santísima extramuros de esta ciudad de México, fué cincuenta y un años ántes de la corrección del Calendario Eclesiástico, que se dice Gregoriana, por haberla hecho la beatitud de Gregorio XIII que gobernaba la Iglesia Santa el año de 1582 en que se hizo, y se contaban diez años de la conquista de este reino de la Nueva España por los castellanos, que le agregaron á los reinos de Castilla y Leon año de 1521. La aparición fué, gobernando la silla apostólica Clemente VII, el cual, por el año antecedente á ella, que fué el de 1530, habia coronado en Bolonia por emperador augustus, con corona de oro, á la Majestad de Carlos Quinto rey de las Españas; y fué tres años despues de la ereccion de esta Santa Iglesia en Episcopal, por el Ilustrísimo y Reverendísimo señor don Fr. Juan de Zumárraga, religioso de la Observancia del Señor San Francisco, que habia sido presentado por primer Obispo de la Iglesia, que se llamó Carolense, ántes de dicha ereccion, ni que se le asignase diócesi, que despues se hizo metropolitana de estas provincias de la Nueva España. La data de la bula apostólica para la ereccion de la iglesia mexicana en Catedral, y Sede Episcopal, por la beatitud del mismo Clemente VII, (como consta de sínodo mexicano que se congregó para publicar y admitir los decretos del Santo Concilio de Trento) fué año de 1534, á 9 de Setiembre, en el séptimo de su Pontificado.

De aquí se colige, que en no haberse hallado escritos auténticos, con que se pruebe la aparición de la Virgen Santísima y su bendita imágen, fué por haber sido ántes de la ereccion de esta Santa Iglesia Mexicana en Catedral, y no haber Cabilo Eclesiástico, ni haberse asignado archivo en que se guardasen los autos y papeles: con que es verosímil que se perdiesen, por haber quedado en poder del que hacia oficio de Secretario del Sr. D. Fr. Juan de Zumárraga, ántes que tuviese bulas; ó en poder de otro notario, ante quien se hicieron las informaciones y autos jurídicos; ó por otro accidente de esta calidad. Gobernaba esta ciudad y reino á la sazón la Real Audiencia segunda, y por su presidente D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de Santo Domingo de la isla Española. Y segun el cómputo de los Naturales y sus ruedas y pinturas, el año dicho de 1531, de la Natividad del Señor, era el 590 de la fundacion de esta ciudad, que se llamó México Tenochtitlan, la cual era cabeza de esta monarquía de los indios mexicanos, cuando aportaron á este reino los españoles: con que se dió principio á la publicacion del Santo Evangelio en las provincias de esta Septentrional América, en las Indias Occidentales.